



1739

## COMUNICACIÓN ACADÉMICA N°

*Del académico de número don Daniel  
Antoniotti, acerca de*

### GOBELLO LINGÜISTA

Señora Vicepresidente:

Alguna vez José Gobello me contó que el gran hispanista italiano Giovanni Meo Zilio le había dicho que los hallazgos que realizaban investigadores como nuestro difunto presidente eran muy valiosos para académicos como él —es decir, como Meo Zilio—, pues le permitían desarrollar su disciplina filológica con ejemplos interesantes. El planteo de esa gran eminencia europea sonaba a una variante más de la consabida división internacional del trabajo, en la que los periféricos proveen materia prima, para que la industrialicen en las grandes metrópolis.

Me permití replicarle a Gobello que esa afirmación de Meo Zilio no se podía sostener a la luz de alguna de sus obras como *Etimologías* (fue la que le mencioné en ese momento), publicada en 1978, porque no se encontraba allí el simple buscador esforzado de librerías de viejo, archivos y hemerotecas, sino que afloraba a las claras un lingüista y un filólogo con todas las de la ley.

Más allá de que nuestro fundador y presidente haya cursado la carrera de letras sin concluirla, y se presentara con el escueto título de periodista, lo cierto es que de su extensa producción se infiere un conocedor del corpus teórico de las ciencias del lenguaje y, refutando al admirado Mezo Zilio, sus indagaciones y hallazgos no eran ingenuos ni azarosos y sabía procesarlos en esa usina intelectual prodigiosa que tenía en su mente; industrializarlos, si seguimos con la metáfora económica. Leía con mirada de científico, con la penetración analítica que impone esa disciplina de nombre difícil, la heurística, en la que se cruzan la historia y la filología. Se trata de leer documentos y a partir de esos textos crear, deducir, relacionar, inventar inclusive, conforme a reglas lógicas y de sana crítica, para, finalmente, arribar a conclusiones. Y esto nuestro difunto presidente lo hacía como nadie.

Gobello conocía el abecé lingüístico, empezando por el padre de esa disciplina en los comienzos del siglo XX, el suizo Ferdinand de Saussure, y junto con él nombres claves como los de Sapir, Vendryes, Martinet; los padres de la gran filología española (Menéndez Pidal, Amado Alonso, Lázaro Carreter, Rafael Lapesa); eruditos de las lenguas clásicas como Heinrich Lausberg. Manejaba con autoridad obras antiguas, algunas de cien o doscientos años y más también. Obras a las que cierto fetichismo universitario, encandilado por la novedad, no les presta atención. Creo que ese patrimonio libresco que se acumula en la biblioteca de la Academia Porteña del Lunfardo, y que tanto impresionó a los responsables de la Biblioteca del Maestro, como para motivar el apoyo que se nos presta en el presente, ese material lexicográfico invaluable de diccionarios jergales, entre otros muchos, estaba bien leído y asimilado por Gobello. Como el Borges que Gobello tanto admiraba, con el sajón antiguo, del que era el mayor erudito, casi el único, Gobello con esos saberes en los que se conjugaban los textos fundacionales de la alta y de la baja literatura argentina, las raíces del español, de los muchos dialectos itálicos, de latines clásicos y vulgares, más las lenguas romances, las indoamericanas y otras yerbas, era un sabio único, incomparable.

Es que el mismo Borges, cuando con amable crueldad lanzó el brulote, casi la simpática calumnia, de tildar a Gobello (en complicidad con Alberto Vacarezza) de inventor del lunfardo, acertaba en algo. Fue nuestro presidente el primero en acercarse con interés científico a ese fenómeno social y comunicacional. A partir de ahí, nació la disciplina, ese tópico que, como se jactaba Gobello, sacó al lunfardo de la jurisdicción del Derecho Penal para llevarlo a la de la Lingüística. Lo que hace que hoy visiten esta casa eruditos de los países con los sistemas universitarios más avanzados del mundo. Permítanme que sea tilingo y me deslumbe con esas naciones que siempre nos producen admiración. He podido conversar en la Academia o gracias a ella con investigadores alemanes, franceses, estadounidenses, italianos, hasta de la República Checa. Todos hablantes de un español perfecto y buenos conocedores de la bibliografía lunfarda y lunfardesca.

Y también me encuentro, corresponde el agregado, con investigadores de Buenos Aires, del interior y de países latinoamericanos, que no son menos que los otros. Me animo a decir que todos, los de aquí, los de allá, los de lejos, los de cerca, sin Gobello no nos dedicaríamos a lo que nos dedicamos o, por lo menos, nuestra materia de estudio estaría mucho menos adelantada de lo que está, adolecería de una manifiesta orfandad y no florecerían tesis doctorales sobre lunfardo en distintas latitudes. Gobello fue pionero primero, e investigador avanzado después. Los méritos de esa obra príncipe del género que fue *Lunfardía*, no se fosilizaron, no hicieron que se durmiera en los laureles del fundador orgulloso y enamorado de su obra original. Ese que le pasa factura de su descubrimiento o invención a todos los que lo suceden. Él mismo siempre se superó y en cada paso de su superación ratificaba su magisterio. Aunque las veces que me animé a tratarlo de Maestro, esbozaba una contenida sonrisa como insinuando: “¡déjese de macanas, che!”.

Y sí, era Maestro, y este es otro costado destacable, el de sus méritos pedagógicos, el del conferencista ameno, el del escritor de estilo, a la vez erudito y didáctico. Supo transmitir como pocos sus profundos conocimientos, el de las investigaciones propias y el de las extrañas.

Un queridísimo amigo de la infancia, abogado él, que cursó algunas materias en la Universidad del Tango, lo tuvo de profesor de historia de ese género y me confesaba, muy sinceramente, que en su esforzada carrera por los claustros de la Facultad de Derecho de la UBA no se encontró con ningún docente que tuviera la autoridad, el rigor, la seguridad en el dato, la pasión por su materia, la fluidez de palabra que Gobello exhibía delante de un curso.

La enumeración bibliográfica que arranca con *Lunfardía*, en 1953, y se continúa con *El lenguaje de mi pueblo*, *Etimologías*, las diversas ediciones de su diccionario, las antologías, la avanzadísima *Aproximación al lunfardo*, de fines de los '90, más las variadas obras de divulgación, resulta mezquina, en tanto y en cuanto continuamente actualizaba sus posturas en artículos, folletos, reportajes, conferencias, mesas redondas. Ese es el Gobello inmenso, inagotable, también incomparable como figura cultural de la Argentina.

Cuando la emprendió con un *Diccionario gauchesco* generó asombro entre los más avezados del tema y los que pensaban que, sabiendo todo lo que sabía de lunfardo y de tango, no quedaba espacio para más conocimiento.

Mi incorporación a la Academia Porteña del Lunfardo en 2006 fue una de mis máximas realizaciones personales, entre otras cosas porque me permitió tener una proximidad personal, intelectual y hasta afectiva con Gobello. A quien, hasta ese momento, había observado, discepoleantemente, con “la ñata contra el vidrio”. Ese hombre, ya con achaques físicos, pero con una lucidez impecable, me dispensó, en los

últimos años de su vida, su atención, su aprecio y ratificó plenamente las muchas razones que siempre tuve para admirarlo.

Ahora lo despedimos, concedores del desafío que implica para todos los académicos su ausencia. Ojalá nos ilumine para sostener y fortalecer este emprendimiento del que fue fundador, directivo, sostén permanente y *alma mater* indiscutible: la Academia Porteña del Lunfardo.

¡Araca, presi!, te rajaste a otro barrio y este quía se despide de vos: ¡Salute, Gobello!

Buenos Aires, 9 de noviembre de 2013

DANIEL ANTONIOTTI  
Académico de número  
Titular del Sillón “Enrique González Tuñón”